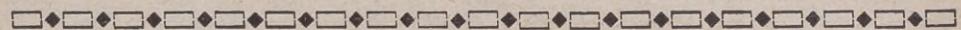




¿Qué les parece esta chica para postres?

Si quieren ustedes leer cosa superior y admirar hermosos y alegres grabados, busquen **La Saeta** de esta semana.



✧ ✧ ✧ ✧ PIRIPITIPÍ ✧ ✧ ✧ ✧

SEMENARIO FESTIVO

Redacción y Administración: Provenza, 266, bajos - Barcelona

IMPRENTA DE ANTONIO VIRGILI EN COMANDITA - ROSELLÓN, 106



El mueble que la sostiene más débil, no puede ser;

tengan ustedes paciencia, que no tardará en caer.

Precio: **5** cents.

8 JUN. 1973





En el mercado

ALBAN ustedes de su casa una mañana temprano y diríjense al mercado más próximo, que allí de fijo podrán pasar un gran rato observando diversas escenas.

¿Quieren ustedes venir conmigo para que los ilustre? ¿Sí? Pues, vamos allá.

¿Ven ustedes aquella mujer gorda que está comprando judías corcadas?

Pues no son para ella, sino para sus infelices huéspedes. Ahora se dirige al puesto de bacalao á comprar cola y la espina del centro para hacer sopa.

Allí tienen ustedes á una vieja recién casada con otro vejete. Ahora se dirige á la pescadería, como todas las mañanas, á comprar mariscos fuertes.

Cuando llega á su casa, no lleva más que eso y mostacilla inglesa, de la cual apuran dos botes diariamente... pero sin resultados prácticos.

Fíjense ustedes en esa señorita delgaducha.

Esta no compra más que desperdicios de carne para un perrito, que es su fiel amigo y compañero.

Y ahora viene por allí enfrente una criada joven y no mal parecida que tiene relaciones con el municipal de la esquina y con un soldado de caballería.

Ahora el municipal le mira la cesta, se lo repesa todo para que no la engañen y le recoge amigablemente la mitad de la sisa.

Después se comen unos churros en la barraca más próxima y se citan para el día siguiente en el mismo sitio.

¿Ven ustedes ésa que se acerca sin canasto?

¿Que no les parece fea?

Bueno, pues ahí sé quedan con ella.

Esta busca en el mercado alguien que le ayude á hacer la compra, y después se marcha acompañada casi siempre por su inesperado filisteo.

Yo me he condolido alguna vez ante estas pecadoras y hasta he querido prestarles *mi ayuda* como otros; pero después me he arrepentido pensando que los que se dejan caer en la tentación, suelen levantarse con muletas.

PIRIPITIPÍ



La noche antes

(MONÓLOGO)

(Aparece Rita, terminando de desnudarse junto al lecho).

Ahora habla Rita:

—¡Oh, Dios mío! (*Esto lo dice soltándose un zapato*). No sé lo que pasa por mí... sola, completamente sola por última vez. Mañana seré la esposa de Adolfo; á estas horas estaremos aquí juntos, muy juntos... El me prodigará toda clase de caricias, porque me ama, si me ama con toda su alma. (*Suspira largo y se coge una pulga que le salta encima de una media*). Yo también le quiero de veras á pesar de no haber sido mi primer amor. (*Suspira otra vez y sonríe con cierta malicia*). He tenido varios amantes, dos de ellos muy guapos y muy audaces, demasiado audaces. ¡Pobre Adolfo! Pero ninguno de ellos tenía sobre qué caerse muerto; y, francamente, un marido así es bueno para quererlo, pero maldito de lo que sirve si ha de atender como es debido á las mil necesidades de esta pícaro existencia. (*Pausa corta*). Aún no he podido olvidar aquella noche... aquí en este mismo cuarto. ¿Por qué le dejé entrar? Toma, le dejé porque me tenía loca y además como era más joven que Adolfo, sentía con más fuerza, su pasión era grande, inmensa y mi chifladura tan grande y tan inmensa como su pasión. (*Suspira tres veces y rompe un cordón del corsé*). ¡Parece que escucho su voz suavísima deslizando palabras de miel en mi oído... ¡Qué noche!... Yo no sé lo que hubiera hecho otra en mi caso; pero lo que es yo, sólo sé decir que comencé á respirar fuego y me rendí en sus brazos sin fuerzas para defenderme. (*Se estremece*).

Pero, ¡cómo se aprovechó el muy pillo! A la mañana siguiente, le despedí con un beso, prometiéndole ser siempre suya ó del claustro. Pero mamá me puso delante nuestra penosa situación y Adolfo me brindó con un bienestar lisonjero. ¿Qué hacer? Pues ni más ni menos que lo que hice, despedir á Julio y prometer amor constante y fiel á Adolfo. Y desde entonces, eso sí, desde entonces este último ha sido el único dueño de mi corazón. No quiero decir con esto que haya olvidado á Julio, porque hay cosas que no se olvidan nunca; pero es preciso hacer por la vida, y para ello nada como el amor de Adolfo. (*Descubre las ropas de la cama y va á acostarse*). Deseo y tiemblo que llegue la noche de mañana. De ella depende mi felicidad y la de mi nuevo esposo. No creo que esté muy picardeado á pesar de sus años. En fin, ello dirá. Si no lo nota estoy salvada... Y no lo notará, porque Julio, que era un granuja de siete suelas, tampoco notó otra debilidad que tuve con mi novio anterior... (*Apaga la luz y... buenas noches*).



SALUD SALÓN



La señal

CONSTANZA había sido en sus tiempos una hermosa mujer, algo ligera de cascos y con una gracia para enamorar, que era una bendición de Dios.

Hija de padres honrados y trabajadores, no se encontró con fuerzas para decirles que un pícaro estudiante de farmacia le había quitado la aureola de virtud que ellos creían que ostentaba; y lo que es peor, la había matriculado en la carrera de madre...

¡Pobre Constanza!

A los pocos meses, con el pretexto de acompañar á una amiga, pasó con ésta algun tiempo en el campo, donde dió á luz con toda felicidad un robusto niño.

Después volvió con sus padres, á quienes siguió ocultando su falta, casándose con un infeliz droguero que murió á las primeras de cambio.

Los padres de Constanza fallecieron también. Y ustedes dirán que ya son muchos muertos. Así lo comprendo, pero el cuento lo requiere así y continúo.

La bella viuda, heredera de una buena fortuna, en lo primero que pensó al verse rica y libre, fué en buscar al fruto de sus primeros amores, para compartir con él su envidiable posición.

Pero su amiga se había desprendido del niño, entregándolo á una vieja lavandera.

Y aquí me veo en la imprescindible necesidad de hacer otra muerte.

La vieja lavandera murió de una pulmonía doble y el chico desapareció de la escena.

No pueden ustedes figurarse los trabajos que la desconsolada madre llevó á efecto para dar con el paradero del niño abandonado.

Y como dinero no le faltaba, se dedicó á viajar con su amiga para ver si la casualidad le deparaba lo que con tanta ansiedad quería.

La primera visita que hacían al llegar á una población era á la Inclusa.

Allí, después de depositar una crecida limosna, examinaban uno por uno á los desgraciados rapazuelos, haciéndoles mil extravagantes preguntas á las que los niños contestaban una majadería ó se quedaban con un palmo de boca abierta.

—¿Pero tú no le notaste alguna señal en su cuerpo para que ahora le pudiésemos reconocer?—preguntó Constanza á su amiga en uno de sus frecuentes viajes.

—Te confieso que no me fijé,—contestó ésta.

—Era muy rubio.

—Apenas tenía pelo.

—Pero la nariz sería larga, porque su padre no tenía nada de chato.

—No recuerdo.

—De estatura no sería muy alto.

—Claro, pequeñito; apenas tenía cinco días cuando se lo llevó la lavandera

—Es verdad, sí, estoy loca.

Diálogos parecidos á éste sostenían de continuo las dos amigas.

Una mañana se encontraban sentados en un paseo de la villa y corte.

—Mira,—dijo Constanza á su compañera, señalando hacia un chico de corta edad que se entretenía cogiendo colillas.—Aquél debe tener la misma edad del mío.

—Sí, pero es chato,—contestó la amiga sonriendo.

El chico se fijó en que era objeto de un detenido examen y se acercó á las damas.

—¿Me da usted una limosnita?—exclamó, dirigiéndose á Constanza.

Esta experimentó una sensación especial al oír la voz del pequeñuelo y contestó:

—Te daré cuanto quieras si contestas la verdad á lo que te pregunte.

—Es que yo no he quitado nada esta mañana,—dijo el chico con sencillez.

—No se trata de eso. ¿Dónde está tu padre?

—No lo sé.

—Pero, ¿tú le has conocido?

- No, señora.
 —¿Y tu madre?
 —Mi madre es una perra...
 —Ya lo sé, hijo mío, una perra porque te abandonó.
 —No, señora; es una perra de aguas que duerme conmigo en aquel banco.
 —¿De modo que no tienes padre ni madre?
 —No lo sé.
 —¿Cómo te llamas?
 —Lucas.
 —¿Lucas nada más?
 —No, señora; Lucas

Gómez.

Antonia, la amiga de Constanza, soltó una estrepitosa carcajada.

Constanza la miró seriamente y continuó:

—¿Quieres venir conmigo?

—¿Para qué?—dijo el chico.

—Para comer y vestir bien y para que tengas una madre.

—¿Y la perra?

—Esa también nos la llevaremos.

—Pues andando.

Y sin aguardar más, las señoras y el chico se dirigieron al hotel.

—Ya estoy cansada de buscar inútilmente,—dijo Constanza á su amiga.—Así es que sea éste ó no mi hijo, á él dedicaré mi cariño y mi fortuna.

Y una vez tomada tal resolución, mandó á Antonia que aseara al niño convenientemente para poderlo presentar en la mesa.

Antonia, algo contrariada, porque en su estado de solterona no podía conocer lo que era amor de madre ni otra clase de amor, fué á cumplir el mandato de su amiga.

Esta quedóse en la habitación inmediata, escuchando á los pocos momentos la voz de Antonia que gritaba:

—¡Sí, ahora no me equivoco, es tu hijo! ¡Constanza, Constanza!...
 Calculen ustedes cómo entraría la madre al escuchar tamaña declaración.

—¿Pero es cierto?—preguntó, colmando de caricias al atribulado niño.

—Ahora te juro que lo has encontrado. La señal es la misma.

—¿Pero no decías que no tenía...?

—No la recordaba; pero ahora, mira, mira... ahí la tienes.

Y señalaba con el dedo á un determinado sitio del cuerpo desnudo del chico.

—¿Y eso es todo?—preguntó Constanza, quedándose más fría que el mármol.

—¿Te parece poco?

—Pero, necia: ¿Es el primer hombre que ves así?

—El primero.

Constanza besó al pequeño, y dirigiéndose á su amiga continuó:

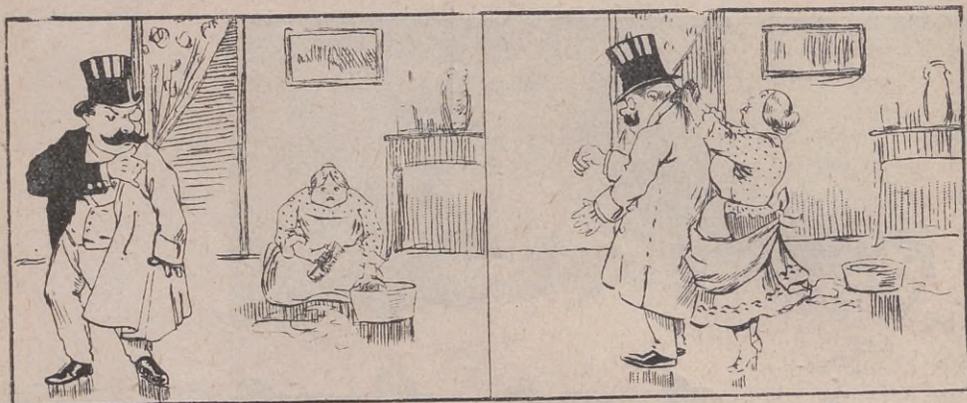
—¡Desdichado del hombre que no tuviese la señal de Lucas!





Un idilio de amor cuando la luna está en cuarto creciente, resulta mejor para la pareja enamorada. Porque, para ciertos casos, requiere que vaya creciendo como los cuernos de la luna.

MANCHADO POR LOS CELOS, por Kick.



Don Cleto va de recepción y se coloca sus mejores galas, mientras su esposa friega el suelo con agrado.

Pero don Cleto está muy gordo y no se puede colocar el abrigo, para lo cual bufa como un buey y hace los mayores extremos.

La amante esposa observa las angustias de su marido y sonriendo con cariño módico, se levanta, dirigiéndose de puntillas al elegante.

Sin decir palabra, coge el cuello del gabán lila claro, tira hacia arriba y queda el esposo perfectamente vestido.



—Ahora un besito, pichón,—dice la señora, cogiendo con mimo los abultados mofetes de don Cleto.

Este la besa con pasión, pero sin locura, y se ríe para sus adentros pensando en lo fácil que será que se la pegue á su cara esposa con tan elegantes prendas.

La señora contempla á don Cleto y goza lo indecible.

—Soy un pillo de siete suelas,—dice éste, dirigiéndose á la calle.

—Anda, que ya vas bueno por detrás y por delante con el zumo del estropajo.

¡Oh! ¡Los celos de las mujeres celosas son terribles!

Un sueño á tiempo

JACINTO y Lola pasaron un buen rato sin romper el silencio.

Lola fué la primera que habló en esta forma:

—Siento que te incomodes, hijo mío, pero te lo repito, esta noche es la última.

—¡Pero, mujer!...

—No hay mujer que valga, demasiado indulgente he sido, recibíendote en mi cuarto cuatro noches seguidas.

—¿Y qué?

—Pero, necio: ¿Sabes tú lo que puede pasar por esas cuatro noches?

—Yo no.

—Pues yo sí. Conque ya lo sabes, mañana hablas con mi madre, le dices que te quieres casar conmigo y entonces, no digo cuatro, sino las mil y una noches serán para ti, rico mío.

—¿Y ya no nos veremos más á solas como ahora?

—¿Pero aún no estás contento?

—Es que te quiero mucho.

—Pues modera tus ímpetus y piensa en lo que puede haber ocurrido en estas cuatro entrevistas.

—Me das miedo, Lola mía.

—No es para tanto, Jacinto. Conque ya lo sabes, vete y mañana hablas con mi madre.

Y como no había más asuntos de que tratar, se levantó la sesión, y Jacinto se fué á su casa altamente preocupado.

Aun era de noche y el pobre mozo se dirigió á la cama con objeto de reposar unas cuantas horas.

Por cierto que antes de apagar la luz vió una araña negra que corría por la pared.

—¡Algo malo me va á pasar,—exclamó Jacinto tapándose la cabeza con las sábanas, sin alzarse para dar un zapatillazo al animalejo.

Y pensando en la araña negra y en el misterio de las cuatro noches, quedóse profundamente dormido. El sueño fué muy original.

Primeramente un coro de voces infantiles comenzaron á gritar en su oído:

—¡Pan, pan, pan!...

Jacinto dió unas cuantas manotadas al aire como si quisiera espantar mosquitos, cambió de postura y vió... ¡oh, prodigio de la imaginación! Cuatro angelitos rodeados de un nimbo de luz verde. Jacinto despertó despavorido y sentándose en el lecho exclamó:

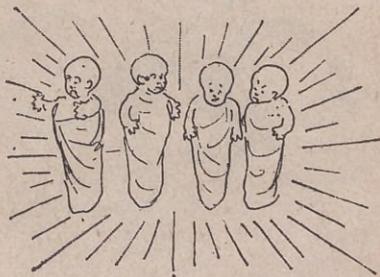
—Ahora lo comprendo todo. Las cuatro noches, después la araña... los cuatro ángeles... Justos y cabales.

Excuso decir que el novio ni se presentó á la madre de Lola, ni volvió á visitar más á ésta.

Porque es lo que decía el chico y con razón:

—Para eso me caso con la Inelusa y aún salgo ganando.

KARP





—Este invierno nos helamos, Ca-zorro.

—Deja, tonto, que ya saldrán por ahí señoritos con capas y se las quitaremos.

—¿Y si en vez de capa nos dan una paliza?...

—Bueno, pues también entraremos en calor.



Una chica muy guapa que así arreglada, me parece una berza para ensalada.

¡No me fiol

Hastiado de las grandes inquietudes
y de las luchas vanas,
y amores corrompidos
de la corte de España,
probar quise la vida de los pueblos,
y me monté en el tren una mañana,
decidido á pasarme
una gran temporada
en un rincón donde la voz terrible
de ninguna pasión me molestara.

El lindo pueblo que escogido había
para nueva morada,
era sano y tranquilo:
por esto, con placer me paseaba
ó bien siguiendo el cauce de un riachuelo
ó bien por entre campos de esmeralda.

En una de las tardes apacibles
en que hice mi salida cuotidiana,
sin rumbo cierto y sin objeto fijo,
me encontré junto á un campo de cebada,
cuyas gruesas espigas
con marcada violencia se agitaban,
sin que viento corriera
que el extraño vaivén justificara.

Curioso de saber lo que ocurría
me escondí entre unas matas
y ver pude, escondido,
cesar el movimiento de las cañas
y salir al alcalde de aquel pueblo,
seguido de la hermosa boticaria
con las ropas manchadas y en desorden
y las mejillas de color de grana.

Desde entonces, lectores, yo no creo
en la inocencia y las costumbres sanas
de las grandes ciudades, más tampoco
de las pobres aldeas ignoradas.

ABELARDO DELGADO

Picadillo

Picó en el dedo á Lucía
un pájaro que tenía
en una jaula encerrado,
que le había regalado
su primo José María.

Y ella, que es mujer muy rara,
queriendo ahorrarse otro susto
pidió que le regalara
otro pájaro á su gusto,
pero que *no le picara*.

EDUARDO GUILLÁS



Se retrató así, porque el fotógrafo es de aquellos que quieren colocar bien.
Y eso queda perfectamente demostrado con este original retrato.
Ahora, cualquiera podría retratarla aun sin ser artista, porque la chica ha
aprendido á colocarse sola.